

XIII

La terrible sacudida que había experimentado al ver perdida para siempre toda su fortuna, al saber el negro crimen del hijo de su hermano, y al separarse moralmente de su hija con el casamiento de ésta, arruinaron para siempre la salud de Mme. Restaud: aquella tierna y generosa naturaleza no volvió jamás á estar en su centro; un temblor nervioso la agitaba de continuo; una amarga melancolía la aquejaba, y en vano su esposo y sus hijos—pues como á una madre la amaba Augusto Cottin,—en vano procuraban calmarla y consolarla por todos los medios posibles. Adela disimulaba y aparentaba una tranquilidad casi completa; pero en el fondo de su alma velaba incesantemente un dolor profundo.

Mr. Cottin, quiso presentar á su joven esposa en el gran mundo, y Sofía fué admirada en él por las gracias de su persona y por sus elegantes y dulces maneras; pero en cuanto á la profundidad de su talento, nadie la sospechó, y el mismo Augusto quedó muy defraudado en las esperanzas

que había concebido respecto al brillante papel que Sofía debía representar en el mundo.

La joven, que en la soledad de la casa paterna, y teniendo sólo por auditorio á sus padres y á su aya, parecía estar dotada del entusiasmo del genio, se vió sobrecogida de una timidez invencible al entrar en el gran mundo: además, y como cualidad sobresaliente, descubrió una modestia tal, que nadie la esperaba en ella; pues aunque escribía cada día algunas horas, ó rompía sus manuscritos, ó los encerraba bajo llave, ocultándolos hasta á la vista de su familia, á pesar de los ruegos de ésta.

Tanto gusto como en cultivar la literatura, manifestaba en estudiar, y se pasaba largas horas inclinada sobre sus libros, adquiriendo una sólida y vastísima instrucción.

Su anciana amiga Misstris Rawlings, que no se había separado de la familia, y á la que Mr. Cottin dió, como á los demás, una cariñosa acogida, reprendía algunas veces á Sofía por su empeño en ocultarse.

Una tarde que se hallaban las dos sentadas en el saloncito de labor de Sofía, y que ésta leía á su aya un volumen de poesías inglesas, Misstris Rawlings se aprovechó del descanso que hacía la joven, y le dijo para traer la conversación á su terreno favorito:

—Habéis leído esos versos, hija mía, de la manera más bella que los he escuchado jamás, y esta noche que recibís, debéis leerlos á vuestros

amigos: ya sabéis que la Condesa de Cutraygues desea mucho oíros.

—No, respondió Sofía, meciendo dulcemente su linda cabecita rubia cubierta de rizos; no me atreveré jamás á leer á Tomás Moore en presencia de personas extrañas.

—Leed entonces algo de lo que escribís.

—¡Menos!

—¿De qué os sirven, pues, vuestro talento é instrucción?

—Para mí y para mi familia: una mujer debe emplear tanto esmero en adquirir muchos conocimientos, como cuidado en no hacer ostentación de ellos.

—Pero de hacer ostentación á demostrar que se tienen cuando llega la ocasión, hay una gran diferencia: vos, hija mía, podríais ser uno de los más bellos ornatos de la sociedad, y rehusáis serlo; ¿por qué no imitáis á Mme. de Stael?

—Esa señora ha nacido en una alta clase, y en ella permanece por su casamiento: tiene, pues, el derecho de brillar.

—En la misma clase estáis colocada vos por vuestro enlace.

—Se buscaría mi modesto origen y me expondría á la crítica.

—¿Quién os lo ha dicho? ¿sois acaso la hija de algún menestral?

—Soy hija de un negociante arruinado.

—¡Por la desgracia!

—¡Pero arruinado! Además, aya mía, Mme. Stael

tiene otro carácter que yo: es atrevida, porque tiene la augusta serenidad del genio.

—La única razón verdadera que hay, es que esa dama se atreve á todo lo que debe atreverse, y vos no os atrevéis á nada: esto, hija mía, os perjudica: vos debíais tener otro lugar más elevado y más brillante en el mundo; y yo, añadió la buena señora bajando la voz, he llegado ya á abrigar un temor...

—¡Hablad! dijo Sofía tomando la mano de Miss-tris Rawlings: ¡hablad, aya mía! ¡me asustáis...!

—¡Pues bien! temo, y casi veo que Mr. Cottin está disgustado de vuestro empeño en huir todo brillo, todo triunfo.

—¡Dios mío! exclamó Sofía palideciendo; ¿qué decis? ¿Llegaré yo á perder el amor de mi marido? ¿se habrá entibiado ya su afecto hacia mí? ¿habrá dejado de amarme acaso?

—Vuestra imaginación es de poeta, dijo sonriendo el aya; no, hija mía; vuestro esposo os ama con pasión; pero oidme: en el amor de los hombres entra también por mucho la vanidad, y seréis más amada de vuestro esposo si puede envanecerse de vos, que si sóis solamente una mujer vulgar y que en nada sobresale de la multitud: mujeres bonitas, hay muchas; mujeres cuyo talento llene y admire el mundo, hay muy pocas: él quisiera que fuérais de este escaso número, y esperándolo así se casó con vos: lo que más le enamora es vuestro talento, y quisiera mostrarlo como una gala que le pertenece.

—No olvidéis, aya mía, que mi padre es más de mis ideas de retiro y modestia, que de las de triunfo y gloria.

—No olvidéis vos, mi amada niña, que vuestro esposo es el más generoso de los hombres; que es la Providencia de vuestros padres, y hasta la mía; no olvidéis que tenéis con él inmensas obligaciones, y que el complacerle y hacerle dichoso debe ser el objeto constante de vuestra vida; podéis tener gloria; adquiridla, y vuestro padre, creedme, no será el menos dichoso de todos nosotros.

El aya salió, dichas estas palabras, y dejó á Mme. Cottin entregada á sus reflexiones.

Después de un rato de inmovilidad, la joven se levantó, y fué al cuarto de su marido, que se hallaba entregado á un trabajo asiduo.

—¡Siempre atareado, mi pobre y querido Augusto! dijo la joven esposa, echándole los brazos al cuello; ¡ah! ¡cuán cara te cuesta mi posesión! ¡ahora tienes que trabajar solo para todos nosotros!

—¡Tu posesión la hubiera yo comprado con la mitad de mi vida! dijo Mr. Cottin, sentando á su esposa sobre sus rodillas; y para tranquilizarte, te diré que yo he amado siempre el trabajo y que toda mi vida me he entregado á él.

—Tú eras, sin embargo, uno de los hombres más galantes de París, y uno de los que más asistían á las fiestas del gran mundo.

—¡No lo niego! mas desde que te conocí, sólo en tí he pensado.

—Ya lo sé; y quiero pagarte de la manera que me es posible.

—Págame queriéndome mucho.

—Ya lo hago; y además complaciéndote en todo lo posible; esta noche voy á leer á los amigos que vienen á acompañarnos todos los sábados, el principio de una novela que estoy escribiendo desde hace algunos días.

Una viva alegría iluminó el semblante de Mr. Cottin, que abrazó tiernamente á su mujer.

—¿Cómo se llama esa novela? preguntó.

—*Clara de Alba*: está en cartas, y leeré las dos primeras; cuando la haya terminado, si te agrada, se imprimirá.

—¡Oh! ¡qué dichoso seré yo si veo tu libro en todos los salones, en las vidrieras de todos los librereros de París! ¡Oh mi Sofía! ¡ese es mi más hermoso sueño! Mira, hay muchas mujeres á las que yo he desdeñado, que te niegan todas las ventajas: la hermosura, el nacimiento y la riqueza... ¡Oh! ¡deja que vean en tus sienes la deslumbrante corona del talento! ¡deja que te vean sentada en un trono de gloria! ¡esa gloria reflejará en mí, y la Francia entera envidiará á tu feliz esposo!

—¡Mi aya conoce perfectamente el corazón del hombre! se dijo Sofía al salir de la estancia de su marido; ¡en el amor del sexo fuerte entra por mucho la vanidad!

XIV

La velada en casa de Mr. y Mme. Cottin fué brillantísima y animada: de cincuenta á sesenta personas de la sociedad más escogida de París escucharon las tres admirables cartas primeras del libro inmortal que todos los amantes de lo bello y de lo bueno conocemos con el título de *Clara de Alba*. Idilio encantador donde el amor hace el principal papel, y donde el amor por su misma grandeza es mártir del deber y se inmola generosamente.

El auditorio, en su mayor parte inteligente, quedó á la vez encantado y lleno de asombro: por la primera vez, después de la catástrofe que había arruinado su casa, el semblante de Mme. Restaud reflejó una viva alegría, y el padre mismo de Sofía no pudo resistir á la emoción que le causó el talento de su hija.

Mme. Cottin leyó después de su prosa algunos trozos de Sakespeare y una escena de Racine, con tal inteligencia y sentimiento, que las lágrimas llegaron á los ojos de todos los oyentes.